

# Reflexiones desde el artefacto arquitectónico

## *Apostillas en torno a los conceptos edificar, lugar y habitar*

ZAMORA, Hernán (2004) *Reflexiones desde el artefacto arquitectónico. Apostillas en torno a los conceptos edificar, lugar y habitar*. Publicado originalmente en: Revista *Tecnología y Construcción*, Vol. 20, Nº 3. Caracas: IDEC-FAU-UCV / IFAD-LUZ, 2004; p.p. 29-42. ISSN: 0798-9601.

### **¿Qué decimos cuando digo soy arquitecto?: una repetición necesaria.**

Esta pregunta es la raíz de un conjunto de estudios que he desarrollado en el proceso de investigación que adelanto para aspirar al Doctorado en Arquitectura de la FAU-UCV. Dicho trabajo está trazado como el estudio del discurso de un arquitecto. Es el segundo de cuatro artículos, de los cuales, el primero ya fue publicado en *Tecnología y Construcción* 19-I, pp. 29-42, IDEC/FAU-UCV, 2003. Como resumen comento: he considerado que al decir “soy arquitecto” digo “soy lo que hago” y ello supone que del conjunto de cualidades, circunstancias y accidentes que me constituyen, convierto la definición *arquitecto* en continente de todo lo que puedo pensar que soy. Cuando digo *soy lo que hago* discurro: el *ser* hace porque es y en su hacer el *ser* también se *hace*. Lo hecho por el ser deviene en extensión del ser y *lo hecho* es *lo otro*; lo devenido del ser: *la otredad*.

Anoto cuatro modos del hacer: la *poesía*, la *teoría*, la *práctica* y la *técnica*. El *hacer poético* es el hacer que no se explica, que conmueve, que oculta su origen en el silencio y la oscuridad, es la voz de los divinos. El *hacer teórico* es el hacer que no toca, que no mueve al cuerpo; es el hacer (in)visible o introvisible, que muestra sus partes y articulaciones como conjunto autosoportante y soportante; es transparente, declarado, expuesto a la intemperie de lo público, sobrevive por su coherencia (la interdependencia de sus partes) y

por su realizabilidad, esto es, la capacidad de convertirse en “espejo” de la realidad e instrumento para realizar, crear realidad. El *hacer práctico* es el ser en acción, durante su acción; ocurre por la intención del ser y su intensión, surge del hacer teórico y del poético, a su vez los recrea, los transforma; persigue el logro del Bien y la Belleza; es el hacer práctico el que trae el ser al mundo; es el hacer que mueve al cuerpo. El *hacer técnico* es la acción del ser; es el hacer que convierte al mundo en residencia del ser, presenta lo producido por acción del ser en el mundo, su plena manifestación; crea la ilusión de que el mundo es creación del ser o dominio suyo; es el cuerpo en movimiento; ofrece lo Bueno y lo Bello.

Afirmé que el saber es el hacer que acontece en la intimidad del ser. Al hacer, se manifiesta el saber del ser en el mundo; cuando ello sucede estamos en presencia de un *artefacto*: obra hecha con *arte*, es decir, de acuerdo al saber. Por el arte el ser se realiza. Todo saber hacer produce artefactos: El Grito, El Cantar del Mío Cid, un sol sostenido. Al nombrar cada artefacto hemos nombrado también al mundo. Según el modo que parece predominar en el artefacto hemos nombrado también al hacer: *arte*, si predomina lo poético; *ciencia*, si predomina lo teórico; *profesión*, si predomina el hacer práctico; *tecnología*, disciplina o artesanía, si predomina el hacer técnico.

Todo artefacto es una presencia en el mundo; conforma, participa de la realidad. Todo artefacto es, a su vez, artefacto de artefactos. A través de ellos el ser ejerce la facultad de su existencia, el origen de su existir: el lenguaje; la fuerza que lo

crea, crea al mundo y lo une y lo reúne a él. Por el lenguaje el ser es. Gracias al lenguaje el ser es *demiurgo*<sup>1</sup>: da orden a lo creado y, al ordenar, crea y recrea. De este modo, todo artefacto es discurso.

El demiurgo conoce la idea, actúa sobre el caos creando un orden, con lo cual genera o produce una *alteridad de la idea*. El demiurgo no ha creado ni la idea ni lo que constituye al caos; ambos, idea y caos, “le son dados”. El demiurgo crea el orden, manifestado al transformar el caos en mundo. “Conocer la idea” o “crear un orden”, desde una posición constructorista<sup>2</sup>, ocurre dentro de lo que nuestra estructura *existencial* provee: existe la persona en el mundo, frente a la presencia de las cosas y, sobretodo, junto a quienes existen con la persona, los otros en el mundo, deviniendo y creando en tiempo presente por su encontrarse y comprenderse a través de sus discursos, realizados en habla o en otras formas. Esa pertenencia de unos y otros en el mundo conforma la tradición, lo que se trae; por lo cual *lo dado* es también *lo socialmente construido* y es reconstruido siempre en el instante del existir.

Una manera por la cual he intentado reflexionar sobre el *ser arquitecto* ha sido a través de preguntarme por sus artefactos. Cuando pregunté, hallé las voces de algunos arquitectos, poetas y filósofos retornadas hacia mí.<sup>3</sup> Leí, anoté; volví a preguntar, anoté de nuevo;

<sup>1</sup> Para Platón, *demiurgo* era el «*artífice del universo, el dios ordenador de mundo, que propiamente no crea, sino que, como hacían los dioses de las cosmogonías, impone el orden a partir del caos. El artífice o el obrero no crea los materiales con que obra, sino que los dispone para un buen fin; del mismo modo, el demiurgo platónico no crea de la nada, sino que dispone de un material preexistente, la materia y el receptáculo, y con ellos él, “la más perfecta y mejor de las causas”, construye el universo a semejanza de las ideas (paradigma); por esto el universo ha de ser forzosamente bello y bueno*» (DFH, *demiurgo*:1/1).

<sup>2</sup> Para ampliar sobre el concepto de *paradigma* y sobre el *construccionismo*, ver: Guba, 1990; Sánchez, 2000 y también Martínez Miguelez 1993.

<sup>3</sup> Para Heidegger «*todo preguntar es un buscar. Todo buscar tiene su dirección previa que le viene de lo buscado*», (1927:14). El “verdadero” preguntar, dice, “*ve a través*” de sí desde el primer momento en todas las direcciones, es decir, hacia “*aquello que se pregunta*” y hacia “*aquello a que se pregunta*”. He intentado apoyarme sobre algunos de los trabajos de Martín Heidegger: *El Ser y el Tiempo* (1927), *Hölderlin y la esencia de la poesía* (1936), *El habla* (1950) y *Edificar, morar y pensar* (1951). Debo advertir que mi lectura de dichas obras aún está en proceso.

pregunté con insistencia. De esa conversación callada se han urdido estas líneas:

## ¿Qué produce el arquitecto<sup>4</sup>?

El arquitecto, aunque suene a perogrullada, es un evidente realizador de una parte del mundo físico. Casi no podría concebirse de manera distinta a un empirista: aquél que dice derivar de la experiencia pura los conocimientos que posee; alguien para quien los hechos son causa y consecuencia; y que además entiende lo hecho como “cosa física”, “lo real concreto”, como “verdadero sostén del pensamiento”.

Una duda que siento es si él recibe su nombre de lo arquitectónico o lo arquitectónico sólo es posible a causa de él. La respuesta que se dé a esta aparente banalidad supone un paradigma. Caigo aquí en la telaraña de una de mis imágenes favoritas: «*La Arquitectura tiene existencia, pero no tiene presencia. Sólo una obra de arquitectura tiene presencia, y una obra de arquitectura se presenta como una ofrenda a la Arquitectura*» (Kahn, 1968?:48).

Si respondo que *el arquitecto es porque hace Arquitectura*, entonces ello sólo puede entenderse tomando las palabras de Kahn como clave y acudir al concepto platónico de la idea: si la Arquitectura es la idea, lo arquitectónico es lo que se acerca a ella y el arquitecto sólo el mediador, el demiurgo entre la materia caótica que preexiste y la idea eterna de Arquitectura. En este sentido, él aporta el orden para que pueda propiciarse la transformación y los tres, idea, cosa y mediador, terminan siendo independientes del resto del mundo y de la humanidad.

Pero si, por el contrario, afirmara que *la Arquitectura es porque la hace el arquitecto* –o: *la Arquitectura es porque la hacen los arquitectos*, o aun mejor: *las Arquitecturas son porque las hacen los arquitectos*– preciso preguntar: ¿Quién es el arquitecto?, ¿qué hace o cuál es el “arte” que distingue el hacer del arquitecto de otros “haceres”? ¿qué produce? y ¿de qué manera o por cuál razón lo producido puede llegar a ser Arquitectura?

<sup>4</sup> Léase también: ¿qué produce la arquitecta?

En todo caso, el acercamiento a esa aparente dualidad de posiciones exige prudencia. Se trata de un fenómeno dialéctico inexplicable sin su origen cierto: *el ser humano que hace una cosa*. Como “cosa humana” es cosa hecha con “arte”, esto es, lo que un ser humano hace desde todo su saber, a través de sus destrezas, aspirando equilibradamente a fines éticos y estéticos, otorgando presencia física en el mundo e inmerso, además, en la temporalidad de una cultura. El énfasis puesto en ese *todo su saber* y sus destrezas involucra, como ya he planteado: poesía, teoría, práctica y técnica. Por el hacer se le da presencia en el mundo a lo creado, con arreglo a unos fines y una temporalidad cultural.

Esa “cosa hecha con arte”, en el sentido indicado, es el *artefacto*. Un poema, un cuadro, una canción, una fotografía, un libro, un teléfono, un satélite artificial y hasta un edificio, son artefactos. En la premura de nuestro diario hablar hemos escondido detrás de nuestras palabras un inmenso universo de significados y pasamos a designar, con algunas de ellas, sólo un fragmento de ese universo, olvidando casi por completo al resto. Así, cotidianamente en nuestro país con la palabra *edificio* aludimos tan sólo a un pequeño grupo de artefactos.

La Arquitectura adquiere “existencia” porque la hace el arquitecto. ¿Qué, cómo y para qué hace el arquitecto? Digamos: el arquitecto hace “cosas”. En el universo humano de cosas hechas con arte, se distingue una clase de ellas que empíricamente asociamos al arquitecto, es decir, recibimos del arquitecto una determinada clase de cosas hechas con arte. En función de ello decimos que el arquitecto sabe hacer una clase de cosas: *edificios*. Si el edificio es un artefacto adjetivado en función de quien lo realiza, diremos: *el arquitecto hace artefactos arquitectónicos*.

## ¿En qué consiste un artefacto arquitectónico?

El arquitecto manifiesta su existencia en el mundo a través de un *artefacto arquitectónico* y decimos que éste es realizado por acción del *edificar*. Convenimos en que la existencia del arquitecto en el mundo ocurre en tanto esas cosas hechas con arte, que llamamos *edificios*, alcancen también su presencia en el mundo.

Un edificio es *lo que ha sido edificado*. Implica que la acción de edificar ha cesado y queda, ante y alrededor de nosotros, un artefacto. **Edificar** proviene del latín *aedificare* y éste de *aedes*, que significaba por igual *templo* o *casa*, y *facio* que es *hacer*. *Aedes* era la Diosa del fuego y el vocablo también aludía a *templo* o *casa* por lo cual es posible afirmar que esta palabra designaba un artefacto muy específico: el que cobija el morar del *ser ahí*.

Según el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)<sup>5</sup>, **edificar** es «*fabricar, hacer un edificio o mandarlo a construir*» (790), según lo cual se denotan dos acciones específicas: *hacer* un edificio o *encargar* a otro que lo haga. Los significados implícitos en esa palabra han generado que, en sentido figurado, edificar sea también «*infundir en otros sentimientos de piedad y virtud*» (Ibíd.). Luego, un edificio es «*obra o fábrica construida para habitación o para usos análogos, como casa, templo, teatro*» (Ibíd.). Una *obra* es una cosa hecha por un agente, quien, en el contexto que nos atañe, es un artesano específico: el ἀρχι-τέκτων, *arkhi-tekton*<sup>6</sup>. Se apunta con precisión que esa obra es para *habitar*.

**Fabricar** proviene del latín *fabricâre* y dice el diccionario que en su primera acepción significa «*producir objetos en serie, generalmente por medios mecánicos*» (942), con lo cual se le da primacía a un sentido industrial. En su segunda acepción recupera el sentido de su voz latina, la cual es «*construir un edificio, un dique, un muro o cosa análoga*» (Ibíd.). Por extensión, se le da el significado de **elaborar**, esto es, «*transformar una cosa por medio de un trabajo adecuado*» (795), también, «*trazar o inventar algo complejo*» (Ibíd.). Fábrica, igualmente, nos es presentada en primer término con la acepción más contemporánea: «*Establecimiento dotado de la maquinaria, herramientas e instalaciones necesarias para la fabricación de determinados productos o*

<sup>5</sup> Para citar las obras de referencia en el texto he empleado un acrónimo. Para las obras en papel, se indican el número de página y el número del volumen en caso de que corresponda, por ejemplo: (DFE : 2715, vol. 3) y la obra en CD-ROM se indica con la entrada y luego con el número de página resultante de la impresión del artículo en hoja tamaño carta, seguido por una barra y el total de páginas impresas, ejemplo: (DFH : *caverna, mito de la* : 2/3)

<sup>6</sup> **artesano**: *faber*, obrero; *artifex*, maestro en algún arte o ciencia; *opifex*, el que hace una obra, creador, autor, artífice.

*transformación industrial de una fuente de energía» (942). Luego lo señala como sinónimo de edificio y también alude a «cualquier construcción o parte de ella hecha con piedra o ladrillo y argamasa». Con esto se indica no sólo para qué (habitar), sino también una materialidad que nos sugiere la noción de *permanencia* (Ibíd.).*

Respecto a **construir** dice: «*fabricar, edificar, hacer de nueva planta una obra de arquitectura o ingeniería, un monumento o en general cualquier obra pública*» (550). En la segunda acepción de construir se advierte: «*En las antiguas escuelas de gramática, disponer las palabras latinas o griegas según el orden normal en español a fin de facilitar la traducción*» y específicamente entonces, en gramática, significa «*ordenar las palabras, o unir las entre sí con arreglo a las leyes de la construcción gramatical*» (Ibíd.). En el DC lo expresan así: «*Referido especialmente a una obra de albañilería, fabricarla o hacerla juntando los elementos necesarios para ello. (...) Referido a algo inmaterial, crearlo o idearlo*» (473). Indica este diccionario que la palabra se deriva del latín *construere*, de *construo*. Esta voz latina, según el DSL, viene de *cum*, con, y *struo*, «*disponer, arreglar, ordenar por capas, hacinar, acumular, amontonar, poner unas cosas sobre otras; agregar, juntar*» (470). Por *struo* también se entiende «*disponer con orden, poner en orden los elementos de que una cosa está formada; ordenar*» (Ibíd.). De donde se entiende que *construo* sea «*amontonar en capas o ringleras superpuestas, ordenadamente*», enunciado que evoca para nosotros la imagen de hiladas superpuestas de ladrillos en una pared.

Construir es, entonces, ordenar partes para crear otra cosa en función de la unión adecuada de ellas. Cuando esa construcción ha adquirido valores materiales claramente predominantes, el vocablo fabricar pareciera haber correspondido más apropiadamente a ese sentido. Cuando ese fabricar conlleva las nociones de habitar y permanencia, entonces se precisa la palabra *edificar*. Dicho de otro modo, edificar es dotar de orden e inteligibilidad a un conjunto (construir) material (fabricar) con el fin de crear un artefacto para el habitar del ser humano<sup>7</sup>.

Lo que hace el arquitecto es crear un “artefacto habitable” a partir de dotar de orden e inteligibilidad a un conjunto material. Tres conceptos son sustanciales según esta definición: habitar, orden inteligible y materia. Cabe decir: dos condiciones primordiales caracterizan a lo edificado: *habitabilidad* y *factibilidad*, es decir, la propiedad de ser *habitable* y la propiedad de ser hecho materialmente, o sea, poseer *tectónica*. La condición de ser habitable pareciera descansar primordialmente en la noción de espacio, mientras que por la tectónica se conjugaría lo inteligible del orden y la disposición material de las partes que conforman el conjunto. En esto consiste el producto de la técnica del arquitecto gracias a la cual puede ofrecer un artefacto arquitectónico: *el arquitecto sabe edificar espacios*. Así que el artefacto arquitectónico es *el espacio edificado*.

¿En qué consiste ese *espacio edificado* que produce el arquitecto? La respuesta incluye esencialmente los siguientes conceptos: orden, materia, espacio y habitar. Veamos:

### Acerca del orden

El concepto de orden alude a la disposición o correlación de partes con arreglo a una razón. La noción antigua proponía que el caos deviene cosmos (*κοσμος* significaba ‘orden’) porque se sometía al logos (*λογος* expresa regla, medida, razón). Ello implicaba una condición de inteligibilidad y suponía necesidad y regularidad o reparto equitativo.

Según el DFH, la *disposición* implica una relación establecida en función al reconocimiento de las propiedades o cualidades que diferencian a unas cosas de otras. La *correlación*, por otra parte, consiste en una relación simple y accidental de cosas, situaciones o fenómenos, esto es, independiente de sus propiedades y de la causalidad.

Como relación de esencias, las cosas se adecuan a una idea, según la teoría platónica de la participación. Para Aristóteles, el orden es una

construcción con un dejo peyorativo para referirnos a lo último, incurrimos en un serio error.

<sup>7</sup> Los arquitectos nos hemos apropiado injustamente de la palabra construir: cuando tratamos de diferenciar lo que pensamos es arquitectónico de lo que no lo es y empleamos el término

de las clases de la medida y lo define como relación de partes respecto al tiempo y el espacio, haciendo especial énfasis en la noción de **orden causal**. Para el cristianismo supuso la **subordinación** de lo inferior a lo superior, de lo creado al creador. La noción moderna de orden se entiende como relación de las partes entre sí, más que respecto a una idea, bien sea como seriación regulada causalmente, o como relaciones cuantificables entre realidades; de esta forma se comprende como **orden cognoscible**. Como relación respecto de una idea, el orden deriva en las nociones de **subordinación** y **jerarquía** que, como ya se comentó, expresa regla, medida y razón, es decir, *logos*. Como seriación o cantidad, el orden se torna número. «... Si se tiende a pensar el orden como disposición de partes, se concibe el orden como una propiedad espacial. En cambio, también puede pensarse una ordenación meramente temporal o cronológica. En el primer caso, el orden es de tipo geométrico; en el segundo, de tipo numérico. En ambos casos, lo ordenado se halla sometido igualmente a una razón, pero en el sentido de la razón matemática (entendida como proporción, por ejemplo)». (orden: 1/3).

Para Henri-Louis Bergson «el orden es un cierto acuerdo entre el sujeto y el objeto: es el espíritu que se encuentra de nuevo en las cosas. Pero esto puede darse en dos direcciones opuestas que dan lugar a dos tipos de orden: por una parte el orden inerte, matemático, físico o automático y, por otra, el orden vital, el orden querido u orden de los fines, relacionados, respectivamente, con la espacialidad y con la duración.» (orden: 3/3).

De este enfoque recupero la concepción de que el orden es una construcción humana orientada hacia las cosas desde un tiempo presente: porque predico sobre las cosas, las concibo relacionadas. Los grados de esa relación, entendida como interdependencia, los resumo en el concepto de orden.

Como construcción humana, el orden configura al artefacto arquitectónico como un soporte de discurso. Las cosas que han sido relacionadas por la persona implican y exponen un orden o un conjunto de órdenes, esto es, concepciones, pensamientos: quien ordena conoce, compara, valora, abstrae, interpreta, decide, rechaza. Esas acciones de pensamiento sólo se sustentan, como pensamiento, en el lenguaje. No me refiero sólo al lenguaje como habla, aunque de él viene

toda comprensión e inteligencia posible. Todo hacer, como manifestación de saber, por tanto, de pensamiento, es lenguaje. El lenguaje es la fuente de todo orden posible.

Así, el orden le confiere al artefacto arquitectónico propiedades de lenguaje y, en consecuencia, medio discursivo. Un edificio es un artefacto expuesto a la intemperie de lo público, en ese sentido es equiparable a una tesis y, como tal, conlleva un discurso teórico-poético, realizado a través de la práctica-técnica. Por otra parte, la persona edifica para cuidar su morar, por tanto, *se piensa en correlación con un género de cosas* que, reunidas según un orden, generan el edificio. El concepto de espacio es el que soporta esa correlación entre el ser y las cosas de lo edificado. En ese sentido, el espacio es el orden esencial de lo edificado. El arquitecto concibe las cosas de lo edificado para *pensar como creación un espacio edificado*.

Cual demiurgo, el arquitecto crea un artefacto a partir de las cosas del mundo físico. Así entendido, las cosas están presentes y “caóticas” ante el arquitecto y éste las *dispone* o *correlaciona* para crear otra cosa. Hasta aquí, ello no distingue plenamente al arquitecto. La distinción se produce, justamente, cuando ese arreglo de materia tiene que fundarse en un concepto de espacio y se realiza a través de lo edificado. Ese disponer y/o correlacionar las cosas es el orden. El arquitecto ordena cosas, geométrica y vitalmente, para crear un *artefacto arquitectónico*.

## Acerca de la materia

El profesor de Historia de la Arquitectura, Alberto Sato, en un ensayo titulado La materia de la materia (1999), critica la “petrificada” dependencia que el quehacer arquitectónico del siglo XX ha tenido respecto al concepto de espacio. Sobre todo por dos consideraciones específicas:

1. El desconocimiento del concepto de *espacio* por parte de los arquitectos y su invocación permanente de algo cuya ignorancia se oculta convenientemente, llegando a la “esquizofrenia” —en el decir de Sato— de pretender “crear” el espacio, es decir, lo intangible e ignorado. Dicho de otro modo: «el

*espacio no existe, es tan sólo un concepto relacional».*

2. Constituye una “duda razonable” preguntarse «cómo es posible proyectar el espacio sin considerar a la materia que lo determina». En este sentido, materia y espacio son dos factores imprescindibles y equivalentes de una única “ecuación”. Sato llega a afirmar tajantemente que «*tan sólo lo material es pertinente a la arquitectura*».

Sato afirma que «*la idea de materia no se refiere al material, es decir, a las características físicas de la substancia, o a la materia ya dotada de sentido, sino a ésta en tanto objeto de conocimiento de la arquitectura, en el reconocimiento de que la arquitectura se ocupa de aspectos físicos del habitar humano, o sea, su materia es el mundo físico, y el mundo físico es materia*» (p. 2/18 del manuscrito impreso). Eso es interpretable así: lo que el arquitecto puede y debe conocer es el mundo físico, ya que el fin de su hacer se remite exclusivamente a los aspectos físicos del habitar humano<sup>8</sup>. Sin duda, es una interpretación sesgada, de mi parte, para radicalizar su postura, pero útil para enfocar el problema de la materia en lo arquitectónico.<sup>9</sup>

Respecto a lo cognoscible afirma: «*La materia, la cosa, es inseparable del Sujeto de conocimiento, de la información que se posee de dicha cosa y de las sensaciones que producen, estos aspectos permiten la percepción de la cosa (...) A los efectos de la percepción, el mundo no podría ser observado desde el exterior del sujeto que forma parte de él, y su conocimiento incluye, como decía Jung, el alma, donde se arraiga todo conocimiento. En los ámbitos de la Ciencia*

<sup>8</sup> No me interesa en este momento introducir las consideraciones acerca del proyectar que, por supuesto, él mantiene en un indudable primer término durante su discurso. Quiero centrarme justamente en lo que él afirma como fruto del hacer del arquitecto y su conocimiento.

<sup>9</sup> Una nota adicional es necesaria: cuando Sato afirma, refiriéndose a la arquitectura como “disciplina”: «*su materia es el mundo físico, y el mundo físico es materia*», juega con las acepciones de la palabra “materia” provocando desconcierto en el lector. En su enunciado, la primera materia debe leerse como “asunto o tema”, mientras que la segunda se queda en la acepción que lo físico le impone, es decir, una determinada característica de las cosas físicas en la realidad. Un manejo parecido se encuentra en el libro titulado *El territorio de la arquitectura*, del arquitecto italiano Vittorio Gregotti (1972:52-63). Se expone una vez más la clásica distinción (metafísica-física) que del concepto se hiciera desde la filosofía.

*cuesta reconocer este nuevo principio en tanto se opera con el principio de exclusión, pero el sujeto que observa no sólo es una cosa más colocada en la observación, sino que dicha observación se modifica por la acción del sujeto que observa»* (Ibíd.:7/18). Dicho de otro modo, las cosas del mundo no son excluyentemente ni ideales ni materiales, sino necesariamente conjugadas. Lo ideal y abstracto carecen de sentido si se renuncia a la vivencia de lo real; porque lo real por sí solo es nada, si no se acude a lo inteligible y lo emocional para intensificar la experiencia de vivir. A mi juicio, él casi cae en lo que Heidegger llama *el olvido del ser*, al decir que «*el sujeto que observa no sólo es una cosa más colocada en la observación*»; al contrario, el sujeto no es nunca una cosa, es el *ser*, único capaz de observar y preguntar.

Aquí considero necesario un inciso: eso que se conforma de la reunión entre el sujeto que conoce, lo real cognoscible y el conocimiento creado, en un tiempo y lugar, es lo que comprende el mundo de las construcciones sociales. Ese construir es el hacer del pensamiento que, por la facultad del lenguaje, otorga al ser humano el poder de crear todo en discurso. Si digo que para poder crear necesito una sustancia o varias sustancias primeras, y que a estas, en esa condición, nombro *materia*; y si, además, digo que sólo después de haber elaborado con esa materia original *algo*, dicha materia se carga de los sentidos que la experiencia de crear me impulsa a otorgarle y a esta condición nueva la nombro *material*; entonces puedo decir que todo lo que uso por vez primera para construir es materia y que todo lo que uso por vez segunda o más es material. Al hacer esto he relacionado analógicamente la noción de materia-material, a dos dimensiones de la realidad: la física y la discursiva<sup>10</sup>. Si releo la advertencia de Sato acerca de que «*la idea de materia no se refiere al material, (...) sino a ésta en tanto objeto de conocimiento...*» referido a los «*...aspectos físicos del habitar humano...*», me doy cuenta que apunta hacia las construcciones que cultivamos acerca del habitar, muy específicamente, las construcciones acerca de la física de ese habitar y que, según él, es de esas construcciones esencialmente de lo que se ha de ocupar el arquitecto.

<sup>10</sup> Esta analogía es la que encontré en el texto de Gregotti ya citado.

Más adelante escribe: «*El conocimiento de la materia en arquitectura es materia de conocimiento, (...) y de este modo se instala como saber. La materia debe ser conocida, pero a la vez se conoce a través ella. En esta relación recíproca, la arquitectura compromete a sus propios instrumentos de realización y deben ser conocidos en tanto causa y no en tanto efecto, puesto que éstos son impredecibles*» (Ibíd:1 0/18). Dos preguntas surgen: ¿qué es lo que en definitiva se intenta conocer? y, si no es posible predecir los “efectos” de la realización arquitectónica, ¿por qué deben ser conocidos como “causa”? De acuerdo con eso, el concepto de conocimiento implicado supone la posibilidad de predecir, de poder controlar los acontecimientos futuros; o sea, el conocimiento es concebido como instrumento de poder. Pero, si el conocer lo que le es pertinente al arquitecto no le significa la posibilidad de tener poder sobre el futuro, entonces ¿conoce el arquitecto?

Lo que el arquitecto conoce, en sentido último y primero, es *quién habita* y esto implica conocer las construcciones, entorno y tiempo del habitante. Ello, en conjunto, será a la vez, “contexto” construido de una construcción por venir, realizada por alguien para alguien, siempre en tiempo presente. En ese proceso el arquitecto “dice” arquitectónicamente, esto es, *enuncia lo edificable*. El arquitecto “pre-dice” por medio de lo que habrá de presentarse como edificio y, por tanto, requiere de conocer el mundo físico, pues a través de la materia lo construido será fabricado para el habitar. Así, ese edificar es también comunicarse con el habitante, o sea, manifestar comunión con él. Es en el ser donde se funda el quehacer, centrífugo y centrípeto, del arquitecto. Para poder hablar debo poseer y ser poseído por el lenguaje; digo que lo conozco porque me han hecho participante de una gramática y un léxico. Al hablar o escribir modifico al mundo. El arquitecto modifica una parte de ese mundo, asociada a lo físico en relación con el habitar. Esa modificación del mundo dentro de ciertos límites me permite ser consciente del poder del lenguaje: la facultad que le ofrece al ser la posibilidad de manifestar en el mundo su alma encarnada.

El yo soy es indivisible del *mi cuerpo en el mundo*. Pero *mi cuerpo en el mundo* es nada sin el yo soy. El yo soy es la manifestación del alma de mi cuerpo. Conocer mi cuerpo me ayuda a cumplir la misión de mortal que me corresponde:

cuidarme y cuidarnos durante la temporalidad del ser, mientras adviene la muerte. Yo no soy cosa, aunque mi cuerpo así lo parezca. Soy alma expuesta en el mundo a través del cuerpo.

Con la expresión *espacio edificado*, por la cual caracterizo al artefacto que hace el arquitecto, quiero expresar un concepto que reconcilie la versión de Sato con la moderna. El arquitecto tiene que saber edificar, aunque no sea él quien directamente lo haga; porque sólo a través de lo edificado es posible concebir y comunicar el espacio, es decir, el orden con el cual se relacionan unas clases de cosas físicas en el mundo, que se hacen presentes para colaborar con el habitar del ser humano.

## Acerca del espacio

Para el arquitecto el vocablo *espacio* denota no sólo un determinado *concepto* sino también ha sido construido como un *ente intangible* y, por este caso, es que Sato identifica la paradoja: el *espacio* se refiere «...a lo inmaterial, en una actividad que se dedica a producir cosas» (0b. cit: 2/18). Respecto de la noción de *espacio*, Alberto advierte:

«*En la cultura arquitectónica moderna, el Espacio se ha convertido en su protagonista, como objeto de operaciones, como cosa creada. Es difícil tratar de entender que un término tan abstracto, que carece de substancia, que es una: representación a priori, necesario fundamento de los fenómenos (Kant), pueda ser objeto de creación, de manipulación o de configuración. En efecto, algo ha ocurrido que el Espacio se ha convertido en posible sustancia, en materia. La operación preliminar consistió en colocar a la arquitectura en la esfera de la mente. (...) [el concepto de espacio] pertenece a la filosofía y la ciencia, y si bien la arquitectura no tiene pertinencia en un primer acercamiento hacia la noción, en tanto que disciplina que actúa con la geometría, las distancias y las posiciones, ha estado presente en la arquitectura desde la tratadística del Renacimiento hasta instalarse como su objeto a fines del siglo XIX, cuando se pensó que el Espacio en sí era materia de la arquitectura. Desde mediados del siglo XX, Bruno Zevi, Christian Norberg-Schulz, Gastón Bachelard, Sigfried Giedion y Mircea Eliade, en sus distintas interpretaciones fenomenológicas, aseguraban*

que el arquitecto trabaja el Espacio. (...) casi todas las figuras del campo arquitectónico, histórico, artístico y estético estaban en relativo acuerdo» (Ibíd.: 3/18).

Según se entiende, dos concepciones destacan en una primera revisión histórica del concepto de espacio: el espacio como *concepto* y el espacio como *ente*. En tanto concepto, el espacio es una abstracción, una pura creación de la mente; por el contrario, como ente, ha tendido a ser aprehendido como realidad material, como cosa con sustancia. Como concepto, el espacio es tan real como el número "1" o la letra "A"<sup>11</sup>. Todo lo que sea creación del ser, por su facultad del lenguaje, es *in existente* o *intro existente*, esto es, proviene desde y permanece en el ser, mientras se manifiesta sobre la realidad a través de los medios por los que se hace presente el lenguaje, verbigracia, el habla o la escritura<sup>12</sup>. Esto no significa que lo concebido "no exista", pues sólo el ser existe o no. Lo contrario a la existencia es la *no-existencia* o la *nada*. Lo real sólo se hace presente ante el ser; no se puede pensar lo *no-real*, lo real no tiene contrario; toda irrealidad – para referirme momentáneamente a aquello que creo es *no-real*–, en tanto lo concibo, es *intro existente* y todo lo *intro existente* deviene en realidad por el hacer del ser. Como concepto, el espacio es una *intro existencia* y lo que se alcanza de él sólo pueden ser *grados de definición*, manifestados en la realidad a través de un hacer.

Una sinopsis de la evolución del concepto de espacio nos la ofrece el DFH. El vocablo proviene del latín *spatium*, que deriva del griego *spadion* o

<sup>11</sup> Quiero acotar el sentido de la palabra *existencia* al ser humano, mientras que *realidad* a todo lo que se hace presente ante el ser.

<sup>12</sup> Lenguaje y lengua son fenómenos humanos distintos. Lenguaje es la facultad humana para comunicarse y está intrínsecamente relacionada con el pensamiento y las emociones. Lengua es uno de los sistemas (por tanto, una realidad estructurada por lo humano) que es producto e instrumento de un lenguaje específico, el del habla. Mantienen una relación dialéctica, esto es, por el lenguaje se crea la lengua, y por la lengua se recrea el lenguaje. Lengua y habla constituyen un idioma, en tanto contextualización de una de las realizaciones específicas de las posibilidades del lenguaje. El castellano, el alemán y el francés son idiomas, lenguas-hablas unidas a una historicidad, a una geografía y a una cultura determinada. Porque el lenguaje no se realiza únicamente a través de la lengua-habla, la música, la matemática, el teatro y la arquitectura son otros sistemas-comunicativos gracias a los cuales también se realiza la facultad humana del lenguaje. (Rodríguez, 1968: 7-11 y 13-19).

*stadion*, que significa, primero, una longitud determinada (*extensión*<sup>13</sup>) y, luego, el lugar que ocupa la misma (*posición*). Este doble referente anuncia las diferencias de concepción que ya he destacado.

Desde el enfoque filosófico de la Grecia antigua, «el espacio fue tratado en relación con el problema del ser y del no ser, lo lleno y lo vacío; así en Parménides (el espacio es todo) y en los atomistas (hay el ser, distribuido en infinitas partículas, átomos, y el vacío infinito: el todo es átomos y vacío)» (espacio: 1/2).

Para Platón el espacio era «un receptáculo universal (*khora*), donde las cosas toman la forma de las ideas por obra del demiurgo» (Ibíd.). De acuerdo con esta tesis, el espacio es un continente, es decir, un mediador entre las formas o ideas (que es *lo-no-contenido* y no se "halla en ninguna parte") y las cosas sensibles (que serían *lo-contenido* y ocupan el vacío de ese receptáculo); además, Platón manifiesta «la negatividad del espacio por ser "lo que no es" y por lo tanto carecer de cualidades» (González Ordosgoiti, 1998: 83): «Como el espacio carece de figura, las definiciones que pueden darse de él son, al parecer, solamente negativas: es lo que propiamente no es, sino que únicamente es llenado (...) El espacio en cuanto receptáculo puro es un "continuo" sin cualidades. El espacio es un "habitáculo" y nada más: no se halla ni en la tierra ni en el cielo (inteligible) de modo que no puede decirse de él que exista» (DFH: 1080, vol. 2).

Aristóteles no aceptaba la idea de vacío que los atomistas empleaban para explicar el movimiento. Él consideraba que todo cuerpo estaba siempre en relación con un *plenum* en el que ocurría el movimiento (entendido como desplazamiento o como cambio) y desde esa condición generó la idea de *lugar* (*topos*). Un cuerpo independiente está contenido y en

<sup>13</sup> Para la filosofía clásica tradicional, *extensión* es «la propiedad característica de los cuerpos materiales, que existen en el espacio según las tres dimensiones (longitud, latitud y profundidad); o también estas tres dimensiones en cuanto caracterizan el espacio. (...) Descartes entendió la extensión como propiedad (atributo) de la materia (*res extensa*), identificando espacio y materia. A partir de los desarrollos de la física contemporánea, la noción de cuerpo se ha modificado, y ha pasado a considerarse como intensidad de campo de energía, de manera que la clásica noción de extensión como propiedad de los cuerpos ha dejado de tener fundamento, a menos que se entienda por extensión la medida de dicha intensidad de energía en un campo dado». (DFH : extensión : 1/1)



contacto con la superficie interna del cuerpo mayor que lo contiene, sin que el continente forme parte de lo contenido ni viceversa; en consecuencia permanecen contiguos. Una persona que nada en una piscina ilustra bien la idea: el cuerpo humano se mueve en el “cuerpo” de agua. Si el cuerpo humano y el agua fuesen continuos se moverían juntos, pero, al ser contiguos, lo contenido se mueve en el continente. La mano del nadador se mueve con su brazo y éste con todo su cuerpo (continuo), mientras que él se mueve en el agua (contiguo). Desde esta comprensión Aristóteles explica que el lugar no es la forma, pues ésta «es el límite de la cosa, mientras que el lugar es el límite del cuerpo continente» (DFH cita a Aristóteles<sup>14</sup>, *definición de lugar*:2/3). No es materia, puesto que ésta es inseparable del cuerpo y tampoco contiene, mientras que el lugar presenta ambas propiedades (es separable del cuerpo y contiene). Tampoco es una extensión entre los extremos, es decir, una extensión que existe por sí y permanece en sí misma: la piscina, sin nadador y sin agua, es un recipiente inmóvil tallado en la tierra y ocupado por el aire; la piscina como lugar «es una parte de un lugar, el cual es a su vez un lugar de todo el universo» (Ibíd.). Así, para el Estagirita, el lugar es la distribución natural de los cuatro elementos en el Universo:

*«Porque lo que está en alguna parte es algo, y junto a ello tiene que haber algo distinto en donde esté y lo contenga. Pero no hay nada además del Todo o el Universo, nada fuera del Todo; por esta razón todas las cosas están en el cielo, pues el cielo es quizás el Todo. Pero su lugar no es el cielo, sino la parte extrema del cielo que está en contacto con el cuerpo movable; por eso la tierra está en el agua, el agua en el aire, el aire en el éter, el éter en el cielo, pero el cielo no está en ninguna otra cosa»* (Ibíd., *maneras de estar en un lugar*: 1/3).

El lugar entonces es «el límite del cuerpo continente que está en contacto con el cuerpo contenido» (Ibíd., *definición de lugar*: 2/3) y el cuerpo contenido es el que puede ser movido. No debe confundirse con forma, con materia o con extensión; el lugar es *límite* y, como tal, se asemeja a una superficie o a un recipiente, es

decir, a un contenedor, algo que contiene. Así entendido, «*el lugar está junto con la cosa, pues los límites están junto con lo limitado*» (Ibíd.), pero, si bien la cosa se desplaza, lo mismo sugiere la noción de recipiente al pensarlo como transportable. El lugar es un recipiente “no-transportable”: «*Por eso, cuando algo, que se mueve y cambia, está dentro de otra cosa en movimiento, como la barca en un río, la función de lo que contiene es más bien la de un recipiente que la de un lugar. El lugar, en cambio, quiere ser inmóvil, por eso el lugar es más bien el río total, porque como totalidad es inmóvil. Por consiguiente, el lugar de una cosa es el primer límite inmóvil de lo que la contiene*» (Ibíd.). La cáscara de concreto que define a la piscina es el límite de la tierra, el lugar, para recibir el agua que la voluntad de una persona vierte allí con una intención. La piscina es la costra de concreto armado en la tierra y el agua: el límite de lo que recibe y lo recibido.

Esta comprensión del lugar según Aristóteles es crucial, a mi entender, por lo siguiente: el concepto de *espacio* es una abstracción del *de lugar*: imagínese que el nadador se desaparece como materia pero se logra mantener de él su forma y extensiones; la imagen sería como la de un hueco en el agua; pero ya sabemos que Aristóteles no acepta el vacío, así que debemos pensar que *forma-extensión* se comporta como un “cuerpo inmaterial” en el continente. Cuando el filósofo advierte que no se trata de “una extensión entre los extremos”, entendida como una “entidad en sí misma”, justamente perfila lo que ha ocurrido con el concepto: ha sido asumido ocasionalmente como *ente* o *cosa*: «*La Edad Media, siguiendo en lo sustancial a Aristóteles, distinguió entre locus (el “lugar” aristotélico), situs (la extensión de las partes de un cuerpo en el lugar que ocupa, la situación) y spatium (concepto geométrico de intervalo entre dos puntos). En el Renacimiento predominan las visiones cosmológicas de tendencia platónica y pitagórica –y algunas atomísticas– que lo describen según cualidades geométricas, algunas de las cuales lo extienden al infinito (Nicolás de Cusa, Giordano Bruno). La geometrización llega con Descartes a su punto álgido, al identificarlo con la materia, res extensa –cuerpo y espacio son lo mismo– y describirlo fundamentalmente con las propiedades geométricas de la tridimensionalidad (altura, anchura y profundidad)*» (DFH, *espacio*: 1/2). En

<sup>14</sup> Tomando la cita de *Física*. (208a-213ª, según la edición de GREDOS, Madrid 1995, p.234-241)

estos conceptos se observa, nota aparte, la hermosa y difícil relación entre lo vivido y lo pensado.

Pues bien, esas dos miradas han fundado la dicotómica interpretación que comento acerca del espacio: *concepto* o *ente*, y derivaron en otra discusión que marcó el pensamiento filosófico moderno: la concepción del *espacio absoluto* enfrentada a la del *espacio relativo*.

La concepción del *espacio absoluto* tuvo en Isaac Newton (1642-1727) su fundamental expositor: «Según él, el espacio es una extensión real, inmóvil, subsistente en sí misma e independiente de los cuerpos que la ocupan, de manera que constituye el ámbito en donde están las cosas y donde ocurren los fenómenos, sin que él mismo se vea afectado por ellos; el tiempo igualmente es una especie de marco temporal donde ocurren todos los fenómenos y que fluye con independencia de que existan o no fenómenos; ambos sirven de referencia para el movimiento inercial» (Ibíd.). Esto implica que el espacio posee propiedades invariables respecto a las cuales los cuerpos se mueven, en lugar de unos en relación a otros. Esta formulación refleja la idea platónica del espacio como “continente puro”, que en la formulación aristotélica equivaldría al Universo como primer continente de toda realidad. Como absoluto, el espacio supone las siguientes dificultades: ¿cómo puede ser conocido?, no es creable, no es creación, es inmanente a lo divino, se confunde con un ente o con un ser.

Al contrario, para Leibniz el espacio es “*mera relación entre fenómenos bien fundados*”. En este sentido, es una abstracción generada a partir de la experiencia vivida y, como tal, un concepto, nunca una entidad. La *extensión* y la *posición* son concepciones de relación entre los cuerpos y, en consecuencia, el concepto de *espacio relativo* es heredero de la noción aristotélica de lugar. Pero vale aquí una acotación adicional: en la concepción de Leibniz los cuerpos son conjuntos de fenómenos o manifestaciones de las *mónadas* y éstas son centros de fuerza o energía, noción que se ha desarrollado ampliamente en la física contemporánea. Esa noción de cuerpo como intensidad de energía modifica la noción de extensión y lleva a sustituir el concepto de espacio por el de *campo* que, con los aportes de Albert Einstein (1879-1955), implica la unión de los conceptos espacio y tiempo en uno solo, el *espacio-tiempo*. Este concepto requiere siempre

de la definición de un sistema inercial o de referencia, sólo respecto al cual adquiere sentido todo acontecimiento.

Así entendido, encuentro una extraña e interesante superposición de los conceptos: definir un *sistema inercial* equivale a crear un orden respecto al cual los acontecimientos del caos pueden ser conocidos por el ser humano. Percibo en esto un eco platónico de la noción de espacio como medio en el cual lo real sensible puede participar de la idea. El caos es la posibilidad del todo y el todo deviene a partir de la creación del demiurgo humano, gracias al poder que le confiere el lenguaje. Luego de nombrar los elementos mayores: el Yo, la Tierra y el Cielo, el demiurgo crea el *orden espacial*: arriba, abajo, aquí, allá, adelante, atrás, a los lados. Éste es el primer sistema referencial donde el ser halla la posibilidad de existir<sup>15</sup>. Ese *orden espacial* es lo que Kant llamó una “*forma a priori de la sensibilidad*” o una “*intuición pura*”, es decir, «*una condición de la experiencia que pertenece a la constitución trascendental de la mente humana a modo de representación previa a todo conocimiento sensible*»<sup>16</sup> (Ibíd.: 2/2).

La experiencia de ese *primer orden espacial* registra la relación básica entre el género de cosas que permiten la creación del *espacio edificable*: *suelo, paredes y techos*. El humano, es decir, el ser erguido, reconoce que su cuerpo limita *abajo* con la superficie de la tierra, sobre la cual transcurre su vida; *arriba*, el cielo desata el poder de la intemperie sobre su cuerpo desnudo; y, a su *alrededor*, sus ojos imaginan *horizontes* que ni sus brazos extendidos ni el cansancio de sus piernas le permiten alcanzar. El humano, es decir, el ser consciente, reconoce la superficie de la tierra como *larga y ancha*, como el lugar del que proviene la base firme de su existir. Al dormir regresa a ella pero al despertar, esto es, al estar consciente y erguido, él crea la nueva dimensión: la vertical, el primer movimiento que aspira reunir lo separado y desde el cual reconoce la gravedad que le sostiene. El lenguaje funda todo pensamiento y el pensar es abstraer, es decir,

<sup>15</sup> De ese estado de conciencia surgen las nociones: *adelante-atrás; izquierda-derecha* (o también *saliente-poniente* o *este-oeste*) y *arriba-abajo*. Son ésas las tres dimensiones de la experiencia de habitar. El orden espacial primordial. Es el “*lenguaje de la inmovilidad sustancial*” referido en el libro *Los hechos de la Arquitectura* (p.58).

<sup>16</sup> Consúltese (DFH ,*espacio*: 2/2).

traer hacia sí, trocar en *intro existente* lo vivido: suelo, pared y techo son conceptos hechos cosas. Tres géneros de cosas: el límite con la tierra, el límite con los horizontes, el límite hacia el cielo y, siempre, *límite del ser con*.

Así, el fundamento de toda posible obra de arquitectura es el *espacio edificable*. El *espacio edificable* es el sentido esencial en el decir del arquitecto. Pero el *espacio edificable* no es el mundo, tampoco está estrictamente en el mundo. El espacio edificable ocurre en el mundo por la relación del *ser* con las cosas arquitectónicas que el demiurgo hace presentes en el mundo: *suelos, paredes y techos*. De ahí que el arquitecto hable del espacio como cosa y, ciertamente, olvide la *intro existencia* del concepto. Por eso Louis Kahn pensó en la presencia de una obra de arquitectura y dijo: «*Un edificio es una sociedad de espacios*» (1973:117). «*La arquitectura crea la sensación de un mundo dentro del mundo y lo atribuye a la estancia.*» (1967: 97).

Decir espacio edificable es propiamente decir *lugar arquitectónico* y esto significa: un artefacto hecho de suelos, paredes y techos, en concordancia a un orden espacial y vital, reconociendo el habitar del ser humano. La piscina es lugar arquitectónico cuando los nadadores están allí, al borde o dentro de ella, en cuerpo o imaginación. Así, la piscina es un edificio. Y todo edificio está también en un lugar. El lugar de ese edificio, la piscina, o cualquier otro, en un territorio o en la ciudad es el *sitio o parcela*. Y ese lugar del edificio es exactamente el *entorno*<sup>17</sup> de lo arquitectónico.

## Acerca del habitar

En este conjunto de notas argumentadas considero al *habitar* como el concepto núcleo, por el cual el *espacio edificado* adquiere toda posibilidad de acontecer. Esta afirmación tiene por fuente el estudio de Heidegger sobre el ser y de ese muy leído y aun seductor texto de él titulado *Bauen Wohnen Denken* (1951), seguido de otros dos textos que amplían lo tratado por él en aquél: *Das Ding* [La cosa] (1951) y

“...*dichterisch wohnt der Mensch...*”  
[“...Poéticamente habita el hombre...”] (1951).

Respecto a *Bauen Wohnen Denken*, aclaro que cotejé la versión del profesor Alberto Weibezahn Massiani (CIHE, nº1) con la del traductor Eustaquio Barjau; esta última fue publicada por la editorial catalana SERBAL (1994) en un volumen que reunió las conferencias y artículos del filósofo alemán, pero que obtuve por la página del *World Wide Web* titulada *Heidegger en castellano*. El profesor Weibezahn traduce así: “Edificar-Morar-Pensar”; mientras que Barjau lo hace así: “Construir, Habitar, Pensar”. En principio considero lo siguiente: la intención del filósofo era cuestionar lo que parece obvio, para interpretar otros sentidos desde ese cuestionar. Las palabras *construir* y *habitar* se emplean más cotidiana o coloquialmente que las palabras *edificar* y *morar*, de las cuales se puede inferir una sonoridad más cercana a intenciones “estetizantes”. En consecuencia, creo que el título de Barjau es menos bello que el de Weibezahn, pero tal vez más aproximado a las intenciones del autor alemán<sup>18</sup>. Confieso que me parece hermoso el problema que me dan las parejas de palabras *construir-edificar* y *morar-habitar*; pues en un uso cotidiano del idioma las empleamos como sinónimos muy indiferenciados.

El estudio tiene como problema central ahora el *habitar*, confundido entre palabras como *residir* y *morar*. ¿De qué hablan cada una de estas voces?

Habitar proviene del latín *hâbitare* y significa «*vivir, morar*» (DRAE: 1080); «*referido a un lugar, ocuparlo y hacer vida en él*» (DC: 913). Como voz latina, *hâbitare*, que presenta las acepciones de vivir, residir, ocupar, deriva de *habeo*, que significa «*tener, poseer, ser dueño de, ocupar*» (DSL: 223). Morar, que es entendido como «*habitar o residir habitualmente en un lugar*» (DRAE: 1400), «*residir o habitar (...) su uso es característico del lenguaje literario*» (DC: 1232), proviene del latín *morâre* o *morâri*. Esta voz latina deriva de *môra*, que denota tardanza, retardo, demora, dilación, y *morâri* ha recibido, propiamente, los siguientes

<sup>17</sup> **Entorno** es el vocablo arquitectónicamente preciso para lo que mal llamamos *contexto*.

<sup>18</sup> Por consulta hecha a la Lic. Mara Morillo, profesora de español y cultura hispanoamericana, radicada en Dreieich, me manejo con la idea de que *bauen* tiene la cotidianidad y generalidad que presenta el vocablo *construir* en nuestro idioma. Respecto al vocablo *whonen*, en sentido general, se usa para referirse a dónde o cómo se desarrolla el acto de existir, que en castellano se acerca más a vivir.

significados: detenerse, entretenerse; quedarse, permanecer, estar en; dar largas, esperar, hacer tiempo; retrasar, contener, suspender, impedir. Residir, por su parte, en castellano es entendido como «*estar establecido en un lugar*» (DRAE: 1780) «*o vivir habitualmente en él*» (DC: 1591); etimológicamente proviene de *residêre*, que se entendió como permanecer, quedarse sentado, sentarse, estar sentado; quedarse, quedar, subsistir (DSL: 424). Esta palabra latina se compone de *res* y *sêdêo*, la primera se ha entendido como «*cosa material u objeto, ser, acontecimiento, hecho, circunstancia, asunto, cosa (en un sentido vago y general) además de material*» (DSL: 424); a la segunda, los autores latinos la han significado como «*estar sentado, posarse en algún sitio, permanecer o estar quieto en alguna parte, permanecer ocioso, inactivo, detenerse, cesar de moverse, pararse, fijarse en, echar raíces, tomar o cobrar consistencia, arraigar, penetrar*» (DSL: 446).

Interpreto que las palabras *morar* y *habitar* tienen, en castellano y en su fuente latina, sutilezas de sentido muy hermosas. Lo resumo así: *morar* alude al tiempo mientras que *habitar* alude al espacio. Resido cuando me siento, me asiento, me poso en algo. Ese posar es detener mi cuerpo, tomar mi temporalidad, aunque sea aparentemente, en una sola: un perenne presente, un único y perdurable estar. Detengo mi cuerpo en algo. Detenido mi *yo-cuerpo*, las cosas que me rodean intensifican su presencia: la silla en que descanso, la mesa sobre la que se posa mi brazo, el suelo tibio que mis pies descalzos tocan, la pared rugosa, de barro, a través de cuya ventana alcanzo el río con la mirada y mis recuerdos. **Morar** es ese permanecer, *entre-tenerme* detenido en un instante, aunque ese instante sea todo el tiempo de mi vida misma. Cuando estoy quieto, el tiempo pareciera no transcurrir. *Habitar* es vivir, referido a la estancia, al lugar; tomar conciencia de las cosas, *acercarme a* y *alejarme de* ellas, trasegar entre ellas. Habitar es conocer el lugar donde me he detenido, ocuparlo, hacer mi vida en él. Así, puedo ser dueño del lugar que ocupo y en el que mi vivir parece sosegar hasta la casi detención del tiempo. Como no puedo explicar ni pensar mi existir sino espacial y temporalmente, habitar y morar parecen hablar de lo mismo: *yo soy ya en el mundo*, desde siempre, entre siempre, hasta siempre, hasta el instante pleno, posible y seguro de mi *no*.

Ahora bien, asumamos que Heidegger pensó en la relación entre *construir* y *habitar*. Ambas acciones, en el impulso del filósofo, logran ser salvadas por él gracias al pensar. Porque antes de ser acción, ambas voces son exhortaciones al lenguaje. La duda útil, la gota de agua que disuelve la sal cristalizada, la acerca él a las ideas más obvias que tenemos sobre construir y habitar: «*Al habitar llegamos, así parece, solamente por medio del construir. Éste, el construir, tiene a aquél, el habitar, como meta. Sin embargo, no todas las construcciones son moradas. (...) [el hombre] mora en ellas, y sin embargo no habita en ellas, si habitar significa únicamente tener alojamiento (...) aquellas construcciones que no son viviendas no dejan de estar determinadas a partir del habitar en la medida en que sirven al habitar de los hombres. Así pues, el habitar sería en cada caso el fin que preside todo construir. Habitar y construir están el uno con respecto al otro en la relación de fin a medio*» (1951.a:1-2/11).

En su preguntar sobre la esencia del *construir*, Heidegger escucha al lenguaje responderle lo siguiente:

### «Construir es propiamente habitar»

Asociación que él produce a partir de una lectura etimológica de la palabra *bauen* (construir). Nuestras palabras no tienen los mismos trazos, pero si tomamos ese *construir* en el sentido de *edificar*, como ya hemos visto, es posible afirmar, haciendo eco de la expresión de Heidegger: *edificar es propiamente habitar*. Él dice: «*No habitamos porque hemos construido, sino que construimos y hemos construido en la medida en que habitamos*» (Ibíd.: 3/11).

Permítaseme aquí un inciso, el esbozo de mi interpretación sobre la interpretación heideggeriana del ser<sup>19</sup>: ser humano es *ser en el mundo*, con *los otros* y ante las cosas, en un *estado de abierto temporario*, es decir, encontrándose en su facticidad, comprendiéndose como proyecto y realizándose desde el instante siempre presente del habla; el

<sup>19</sup> Ruego al lector perdone mi atrevimiento por exponer esta "síntesis instrumental" a la que acudo para explicarme, luego de mis primeras lecturas acerca de la obra ya citada *El ser y el tiempo*.

*ser en el mundo* que se olvida en la inauténtica cotidianidad de su lenguaje deja caer su existencia y sólo puede salvarla gracias *al cuidado de sí curando su lenguaje*, encargándose permanentemente de su *haber sido* y de su *poder ser* para acercarse digna y elevadamente a la única posibilidad cierta del *ser ahí*: su *ya no ser*, es decir, *la muerte*.

El ser humano se cuida y deviene por su lenguaje, es gracias a su lenguaje. Y ese ser sólo puede *ser en el mundo*, no puede separarse de éste, lo habita. Ese *estar en el mundo* hecho lenguaje devela cómo el habitar funda el construir: por el pensar. *Yo estoy en el mundo* porque *el lenguaje que me hace* permite a mi pensamiento tocar y hacer el mundo a través de mi cuerpo.

El construir como producir cosas es dejar que algo aparezca en el mundo, se haga presente. Hacer es dejar aparecer. Pero ¿aparecer de dónde? Desde lo pensado e imaginado, es decir, desde el habitar íntimo, e intransferible, de la imagen de lo que se hará presente para dejarse ver. «*La esencia de la imagen es: dejar ver algo*» (1951.b: 9/12).

«*Sólo si somos capaces de habitar, podemos construir*» (1951.a:10/11); y sólo si construimos, somos capaces de edificar.

### «El habitar es la manera como los mortales son en la tierra»

Ésta es otra imagen por la que Heidegger expuso al *ser ahí*. Una imagen sensible, es decir, cercana a la memoria de los sentidos del cuerpo para que exhortara aun más al lenguaje.

Los mortales habitan y moran en la tierra. Residen. Permanecen. Heidegger desbroza sus palabras y dice que ese permanecer es «*estar satisfecho (en paz); llevado a la paz, permanecer en ella*» (1951.a: 3/11). Estar en paz es ser libre, preservado de daño y amenaza, cuidado. Liberar es cuidar. «*El cuidar, en sí mismo, no consiste únicamente en no hacerle nada a lo cuidado. El verdadero cuidar es algo positivo, y acontece cuando de antemano dejamos a algo en su esencia, cuando propiamente realbergamos algo en su esencia; cuando, en correspondencia con la palabra, lo rodeamos de una protección, lo po-*

*nemos a buen recaudo*» (Ibíd.) Habitar es ser cuidado, es decir, liberado por un cuidar que *todo corresponda a su esencia*. La esencia del ser humano es su lenguaje, la esencia de las cosas es el eco del lenguaje humano que se orienta hacia ellas.

«*El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (mirar por). Este rasgo atraviesa el habitar en toda su extensión*» (Ibíd.: 4/11). Por ello pensamos –según Heidegger– que en el habitar se funda el ser del hombre, en el sentido del «*residir de los mortales en la tierra*» (Ibíd.). Él elabora esa expresión, reconoce que ese decir “en la tierra” significa también “bajo el cielo”. Las dos situaciones *cosignifican* “permanecer ante los divinos” y esto implica que sólo ocurre “perteneciendo a la comunidad de los hombres”. La tierra es «*la que sirviendo sostiene*», el cielo es «*el camino arqueado del sol*», los divinos son «*los mensajeros de la divinidad que nos hacen señas*» y los mortales —«*los que pueden morir*— son los humanos. En esto consiste el concepto de **Cuaternidad** heideggeriano: «*Desde una unidad originaria pertenecen los Cuatro –tierra, cielo, los divinos y los mortales– a una unidad*» (Ibíd.). Estos forman una unidad desde sí mismos, se pertenecen mutuamente. «*Cada uno de los Cuatro refleja, a su modo, la esencia de los restantes. Con ello, cada uno se refleja a sí mismo en lo que es suyo y propio dentro de la simplicidad de los Cuatro. (...) En este juego, reflejando de este modo apropiante-despejante, cada uno de los Cuatro da juego a cada uno de los restantes. Este reflejar que hace acaecer de un modo propio franquea a cada uno de los Cuatro para lo que les es propio, pero a la vez vincula a los franqueados en la simplicidad de su esencial pertenencia mutua (...) Este reflejar que liga en lo libre (...), desde la cohesión desplejante de la unión (...) es el juego de espejos de la Cuaternidad*» (1951.c: 9/13).

Este “juego de espejos de la Cuaternidad” es lo que Heidegger entiende y nos comunica como *mundo*. *Ser en el mundo* es “pertenecer” a la Cuaternidad. Los mortales están en el mundo al habitar, entendido este habitar como cuidar la Cuaternidad: salvando la tierra; recibiendo al cielo como cielo, es decir, como cosmos e intemperie; esperando a los dioses, en sus ritos, en sus símbolos y sosteniendo la esperanza de su advenimiento; y cuidando su muerte para que sea “una buena muerte”. La unidad de esa

Cuaternidad, entonces, no es una anulación de las diferencias de los Cuatro para igualarlo todo, antes bien, es la unión o coligación desde lo mismo que une a los Cuatro: «*Lo mismo no coincide nunca con lo igual, tampoco con la vacía indiferencia de lo meramente idéntico. Lo igual se está trasladando continuamente a lo indiferenciado, para que allí concuerde todo. En cambio lo mismo es la copertenencia de lo diferente desde la coligación que tiene lugar por la diferencia. Lo Mismo sólo se deja decir cuando se piensa la diferencia. En el portar a término decisivo de lo diferenciado adviene a la luz la esencia coligante de lo mismo. Lo mismo aleja todo afán de limitarse sólo a equilibrar lo diferente en lo igual. Lo mismo coliga lo diferente en una unión originaria. Lo igual, en cambio, dispersa en la insulsa unidad de lo que es uno sólo por ser uniforme*» (1951.b:4/12). Lo mismo que une a los Cuatro en la Cuaternidad es, en este caso, el hacer mundo para el habitar de los mortales.

Pero ese habitar de los mortales no es, según él, solamente un «*residir en la tierra, bajo el cielo, ante los divinos, con los mortales*» (1951.a: 5/11), sino un residir cerca de y junto a las cosas. El habitar es cuidar la Cuaternidad en aquello donde los mortales residen, esto es, en las cosas: «*Los mortales abrigan y cuidan las cosas que crecen, erigen propiamente las cosas que no crecen. El cuidar y el erigir es el construir en el sentido estricto. El habitar, en la medida en que guarda (en verdad) a la Cuaternidad en las cosas, es, en tanto que este guardar (en verdad), un construir*» (Ibíd.).

#### «...Poéticamente habita el hombre...»

El ser humano habita en vecindad con las cosas en el mundo. La cosa es lo construido, cultivado o edificado, para acompañar el cuidado que los mortales obran de la Cuaternidad. Dijimos que el construir las cosas es dejar que aparecieran en el mundo, que se hicieran presentes, provenientes de la imaginación. He ahí el origen de las cosas: «*En la plena esencia del pro-venir prevalece un doble pro-venir; por una parte, el pro-venir en el sentido del tener su origen..., ya sea un traerse a sí delante, ya sea un ser producido; por otra, el pro-venir en el sentido del entrar-a-estar de lo producido en el estado de desocultamiento de lo ya presente. (...) Sin*

*embargo, toda representación de lo presente en el sentido de lo proveniente y de lo obstante, no alcanza nunca a la cosa en cuanto cosa*» (1951.c: 3/13). Porque la cosa se hace cosa cuando acoge, es decir, permite «*el permanecer que coliga y hace acaecer la Cuaternidad*» (Ibíd.: 6/13). Sólo así *la cosa hace cosa al mundo*. El mundo se acerca a la cosa y la cosa acerca al mundo. En este sentido, el habitar es cercanía, y esta es «*la dimensión auténtica y única del juego de espejos del mundo*» (Ibíd.).

Una cosa que acerca el mundo es un lugar: hace y otorga espacio a un espacio. «*Un espacio es algo aviado (espaciado), algo a lo que se le ha franqueado espacio, o sea, dentro de una frontera<sup>20</sup>*» (1951.a: 7/11). La frontera, entendida como “primer frente”, lo frontal de algo, alude justamente no a lo que define el final de ese algo, sino a su inicio: «*Aquello a partir de donde algo comienza a ser lo que es (comienza su esencia)*» (Ibíd.). De este modo, él interpreta «*que los espacios reciben su esencia desde lugares y no desde “el” espacio*» (Ibíd.). Una cosa que hace y otorga espacio, como lugar, es una edificación; porque es producto del construir que produce y erige, hace presente, deja ver, crea la vecindad del habitar de los mortales con los otros y las cosas.

«*Cuando se habla de hombre y espacio, oímos esto como si el hombre estuviera en un lado y el espacio en otro. Pero el espacio no es un enfrente del hombre, no es ni un objeto exterior ni una vivencia interior. No hay los hombres y además espacio; porque cuando digo «un hombre» y pienso con esta palabra en aquel que es al modo humano, es decir, que habita, entonces con la palabra “un hombre” estoy nombrando ya la residencia en la Cuaternidad, cabe las cosas. Incluso cuando nos las habemos con cosas que no están en la cercanía que puede alcanzar la mano, residimos cabe estas cosas mismas*» (Ibíd.: 8/11). El ser humano y su vecindad con los otros y con las cosas hacen el mundo y son el espacio. Ser y espacio en Heidegger son conceptos indisociables, pero diferentes, creando y perteneciendo a la Cuaternidad, como ya hemos considerado. Un espacio es, según interpreto a Heidegger, el lugar desde donde se inicia la existencia del ser. No es “el” espacio, pues éste

<sup>20</sup> Frontera proviene del antiguo *fron*te y éste a su vez del latín *frons*, *frontis*, que quiere decir, *frente*.

sólo puede serlo el mundo hecho por la Cuaternidad. Ni por el construir ni por el edificar se crea “el” espacio sino “los” espacios que pueden proveer los lugares producidos para que habite y more el *ser ahí*.

El ser que habita, el mortal que refleja y pertenece a la Cuaternidad, halla cuidado en la casa, es decir, en el lugar que prevé a la Cuaternidad, la admite y la instala. Así, la casa es el lugar donde esencia el habitar:

«El lugar deja entrar la simplicidad de tierra y cielo, de divinos y de mortales a un sitio<sup>21</sup>, instalando el sitio en espacios. El lugar avía la Cuaternidad en un doble sentido. El lugar admite a la Cuaternidad e instala a la Cuaternidad. Ambos, es decir, aviar como admitir y aviar como instalar se pertenecen el uno al otro. Como tal doble aviar, el lugar es un cobijo de la Cuaternidad o, como dice la misma palabra, un Huis, una casa. Las cosas del tipo de estos lugares dan casa a la residencia del hombre. Las cosas de este tipo son viviendas, pero no moradas en el sentido estricto. (...) El producir de tales cosas es el construir [edificar]. Su esencia descansa en que esto corresponde al tipo de estas cosas. Son lugares que otorgan espacios. Por esto, el [edificar], porque instala lugares, es un instituir y ensamblar de espacios. Como el [edificar] produce lugares, con la inserción de sus espacios, el espacio como *spatium* y como *extensio* llega necesariamente también al ensamblaje cósmico de las [edificaciones]. Ahora bien, el construir no configura nunca “el” espacio. Ni de un modo inmediato ni de un modo mediato. Sin embargo, el construir, al producir las cosas como lugares, está más cerca de la esencia de los espacios y del provenir esencial “del” espacio que toda la Geometría y las Matemáticas. Este construir erige lugares que avían un sitio a la Cuaternidad. De la simplicidad en la que tierra y cielo, los divinos y los mortales se pertenecen mutuamente, recibe el construir la indicación para su erigir lugares. (...) Desde la Cuaternidad, el construir toma sobre sí las medidas para toda medición transversal de los espacios y para todo tomar la medida de los espacios que están cada vez aviados por los lugares instituidos.(...) De este modo, las

<sup>21</sup> Barjau emplea la palabra “plaza” en lugar de la palabra “sitio”, empleada por Weibezahn. Prefiero utilizar “sitio”, pues la palabra “plaza” para nosotros se refiere casi exclusivamente a un tipo de espacio urbano.

*auténticas construcciones marcan el habitar llevándolo a su esencia y dan casa a esta esencia».* (Ibíd.: 9/11).

Pero ¿cuál es la esencia del habitar? Heidegger dice que «*el habitar es la manera como los mortales son en la tierra*». Interpretamos que el habitar es cuidar la Cuaternidad en aquello donde los mortales residen, esto es, en las cosas. Ese cuidar de la Cuaternidad es la esencia del habitar de los mortales. El mortal «*sólo es capaz de habitar si ha construido ya y construye de otro modo y si permanece dispuesto a construir*» (1951.b: 4/12). Ese permanecer dispuesto a construir significa, en sus palabras, que hay que «*construir desde el habitar y pensar para el habitar*» (1951.a: 11/11).

Ahora bien, las cosas son lugares en tanto acercan el mundo y proveen de sitio y cuidado a la Cuaternidad. La casa es el lugar de la Cuaternidad. ¿De qué manera se origina el habitar en el lugar? Heidegger recibe del poeta Friedrich Hölderlin una respuesta que yo acepto y comparto: *poéticamente* por el poetizar:

Una advertencia es fundamental ante esto, el mortal que poetiza «*no sobrevuela la tierra ni se coloca por encima de ella para abandonarla y para flotar sobre ella. El poetizar, antes que nada, pone al hombre sobre la tierra, lo lleva a ella, lo lleva al habitar*» (1951.b: 4/12). Ese poetizar no es pensar, pero se une al pensar en la exhortación del lenguaje a la esencia del habitar.

El ser en el mundo mira hacia arriba, al cielo, a lo celeste. Por «*este mirar hacia arriba recorre el hacia arriba, hasta el cielo, y permanece, no obstante, en el abajo, sobre la tierra*» (Ibíd.: 6/12). Al mirar «*mide el entre de cielo y tierra*». La medida es ese entre cielo y tierra del habitar de los mortales y ella es lo que se designa con el vocablo *dimensión*: conocer el entre de dos. La dimensión no es espacio, «*pues todo lo espacial, en tanto que espaciado (en tanto que algo a lo que se ha aviado espacio), necesita a su vez ya de la dimensión, es decir, de esto a lo que se le ha dejado entrar*» (Ibíd.). La dimensión refleja la cercanía, connota la frontera, soporta el estar entre. Ese estar entre es a lo que refiere el entrar: habitar, ser en el mundo, presentarnos entre cielo y tierra: «La esencia de la dimensión es la asignación de medida del entre (...) el hombre mide la dimensión al medirse con los celestes (...) es en esta medición, y sólo en ella, como el

*hombre es hombre. El habitar del hombre descansa en el medir la dimensión, mirando hacia arriba, una dimensión a la que pertenecen tanto el cielo como la tierra» (Ibíd.).*

Ese “medirse con los celestes” es compararse: parase junto a, parase con, hallarse uno ante otro y mirarse, decirse: «Esta medición no mide sólo la tierra y por esto no es sólo Geo-metría. De igual modo tampoco mide nunca el cielo por sí mismo. La medición no es ninguna ciencia. El medir saca la medida del entre que lleva a ambos el uno al otro, el cielo a la tierra y la tierra al cielo. Este medir tiene su propio metrón y por esto su propia métrica (...) El medir de la esencia del hombre en relación con la dimensión asignada a él como medida lleva el habitar a su esquema fundamental (...) Poetizar es medir. (...) El poetizar es la toma-de-medida, entendida en el sentido estricto de la palabra, por la cual el hombre recibe por primera vez la medida de la amplitud de su esencia» (Ibíd.).

Heidegger se refiere a la *revelabilidad* para explicar su concepto de medida. Según lo interpreto, consiste en “reconocer lo desconocido”, o sea, alcanzar un conocimiento de lo desconocido, sin que esto deje de ser tal, para dar origen al construir. Esa noción la asocio a las de intuición o inspiración, en el sentido de asociación no justificada a partir de la cual se desarrollan argumentos. El filósofo lo dice así: «La medida consiste en la manera como el dios que permanece desconocido es revelado en tanto que tal por medio del cielo.(...) el dios desconocido aparece como el desconocido por medio de la revelabilidad del cielo. Este aparecer es la medida con la que el hombre se mide» (Ibíd.: 7/12). De ese modo, tomar la medida no significa agarrar, arrebatar, sino percibir, intuir, “estar a la escucha”: «Sólo esta medida saca la medida de la esencia del hombre» (Ibíd.). Ese conocer por la intuición es la poesía, y el poeta no es quien describe la realidad, sino quien la revela aun desconociéndola: «El poeta, si es poeta, no describe el mero aparecer del cielo y de la tierra. El poeta, en los aspectos del cielo, llama a Aquello que, en el desvelarse, hace aparecer precisamente el ocultarse, y lo hace aparecer de esta manera: en tanto que lo que se oculta. El poeta, en los fenómenos familiares, llama a lo extraño como aquello a lo que se destina lo invisible para seguir siendo aquello que es: desconocido (...) El poeta poetiza sólo cuando toma la medida, diciendo los aspectos del cielo

*de tal modo que éste se inserta en sus fenómenos como en lo extraño a lo que el Dios desconocido se destina» (Ibíd.: 9/12). Poetizar es percibir la revelabilidad de lo desconocido y por ello tomar medida, es decir, reconocer la dimensión y disponerla para el habitar de los mortales. Pero esa medida que toma el poeta no es un quantum, no es un número, sino la esencia de la medida: «Con números podemos calcular, pero no con la esencia del número» (Ibíd.: 8/12).*

Para habitar, dice Heidegger, el ser humano ha de poetizar: «El habitar acontece sólo si el poetizar acaece propiamente y esencia, y si lo hace en el modo cuya esencia ya presentimos, es decir, en la toma-de-medida para todo medir. Ella es lo que es propiamente el medir, no un mero sacar la medida con los módulos ya dispuestos para la confección de planos. Por esto el poetizar no es ningún construir en el sentido de levantar edificios y equiparlos. Pero el poetizar, en tanto que el propio sacar la medida de la dimensión del habitar, es el construir inaugural. El poetizar es lo primero que deja entrar el habitar del hombre en su esencia. El poetizar es el originario dejar habitar. (...) La proposición: el hombre habita en tanto que construye, ha recibido ahora su sentido propio. El hombre no habita sólo en cuanto que instala su residencia en la tierra bajo el cielo, en cuanto que, como agricultor, cuida de lo que crece y al mismo tiempo levanta edificios. El hombre sólo es capaz de este construir si construye ya en el sentido de la toma-de-medida que poetiza. Propiamente el construir acontece en cuanto que hay poetas, aquellos que toman la medida de la arquitectónica, del armazón del habitar. (...) El poetizar construye la esencia del habitar» (Ibíd.:10/12).

El ser humano es consciente de su habitar **entre** tierra y cielo, reconociendo el horizonte en unión a otros seres y construyendo con ellos su temporalidad. Ese **estar entre** es el fundamento de la noción de **adentro**. Por naturaleza, por experiencia vivida, el ser humano está siempre **adentro**. De ahí, el **afuera** es *otro adentro* en el que no estoy. El afuera es siempre otro adentro. Toda acción, todo quehacer de los arquitectos consiste en el desarrollo y recreación de lugares concebidos siempre desde el **adentro**.

De acuerdo a ello, consideramos que la dimensión refleja la relación respecto a aquellas cosas del mundo entre las que se está y en función de las cuales se toma la medida de ese



nuestro estar. Medida es la declaración de una posición determinada respecto de una dimensión: es responder dónde estamos respecto a qué. En un sentido subjetivo, y según cada dimensión, son medidas: lejos-cerca (adelante-atrás); ancho-estrecho (izquierda-derecha); alto-bajo (arriba-abajo). En un sentido objetivo-antropométrico, aplicado indistintamente a cada dimensión, son medidas: brazos, pies, pulgadas. Si afirmamos la medida en un sentido objetivo-científico, también aplicado indistintamente a cada dimensión, tenemos: cordel, varas, metros.

Para edificar hay que construir y este último ocurre sólo si primero se habita. Ese habitar es poético, es decir, se reconoce la revelabilidad de lo desconocido y se crea la dimensión de lo que habrá de dejarse ver entre la tierra y el cielo. El ser humano que logra esto es poeta. El poeta origina la construcción. El poeta que imagina lo edificable es el arquitecto. La toma de medida que el arquitecto hace, como poeta, es *la escala*: aquello por lo cual todo adquirirá la justa proporción para su presencia. La *escala arquitectónica* no es número, no es la medida vulgar del escalímetro. La *escala arquitectónica* es la que determina la magnitud del todo, y a partir de él, la proporción de cada una de sus partes. La *escala* troca en tamaño, de *tam magnus* (tan grande), metáfora de la Cuaternidad. Y la *escala* es la verdadera metáfora del arquitecto, su intuición, su poetizar. En la toma de medida que significa la *escala* se hace presente la Cuaternidad, acontece el origen del habitar. ■

## Bibliografía

---

**BLANQUEZ FRAILE**, Agustín (1984) Diccionario manual Latino-español y español-latino. Barcelona: SOPENA

---

**COROMINAS**, Joan (1955-57) Diccionario crítico etimológico. Madrid: GREDOS, 1976, 4 vols.

---

**CORTÉS M.**, Jordi y **MARTÍNEZ R.**, Antoni (1996) Diccionario de filosofía en CD-ROM. Barcelona: Editorial HERDER.

---

**FERRATER MORA**, José (1970) Diccionario de filosofía abreviado. Buenos Aires: SUDAMERICANA, 12ª, 1982

---

\_\_\_\_\_. (1979) Diccionario de filosofía. Madrid: ALIANZA, 1981, 4 vols.

---

**GADAMER**, Hans-George (1983) Elogio de la teoría. Discursos y artículos. Traducción: Anna Poca. Barcelona: PENÍNSULA, 1993.

---

**GONZÁLEZ O.**, Enrique A. (1998) Los sistemas de fiestas en Venezuela. Hacia una sociología de uso del tiempo extraordinario festivo en las sociedades Estado-Nación contemporáneas. Tomo I. Capítulo 6. "Tesis sobre la dimensión cultural en las sociedades estado-nación contemporáneas, especialmente en américa (aportes para una sociología ubicua)" Caracas: Trabajo de tesis doctoral. UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Doctorado en Ciencias Sociales. Copia del manuscrito, provista por el autor. pp. 70-71 y 81-91

---

**GREGOTTI**, Vittorio (1972) El territorio de la arquitectura. Traducción: Salvador Valero Rofes. Barcelona: GUSTAVO GILI

---

**HEIDEGGER**, Martín (1927) El Ser y el Tiempo. Traducción: José Gaos. Bogotá: FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2ª, 1995

---

\_\_\_\_\_. (1951.a) "Edificar, morar y pensar", en Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas. Traducción: Alberto Weibezahn Massiani. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, nº 1, pp. 64-80 Cotejado con la versión tomada de: *Heidegger en castellano*, 11 pp. Traducción: Eustaquio Barjau. Titulada: "Construir, habitar, pensar". Recuperado el 09 de febrero, 2002, del World Wide Web: [http://personales.ciudad.com.ar/M\\_Heidegger/construir\\_habitar\\_pensar.htm](http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger/construir_habitar_pensar.htm) (Esta versión es la que he empleado para tomar las citas).

---

\_\_\_\_\_. (1950) "El habla". Tomado de: *Heidegger en castellano*, 15 pp. Traducción: Yves Zimmermann. Recuperado el 09 de febrero, 2002, del World Wide Web:

[http://personales.ciudad.com.ar/M\\_Heidegger/el\\_habla.htm](http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger/el_habla.htm)

---

\_\_\_\_\_. (1936). Hoelderlin y la esencia de la poesía. Traducción y comentarios: Juan David García Bacca. Mérida: UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, 1ª, 1968

---

**KAHN**, Louis I. (1969) "Conferencia en el ETH de Zurich" en **NORBERG-SCHULZ**, Christian y **DIGERUD**, J.G. (1981) Obra citada. pp. 99-105

---

\_\_\_\_\_. (1973) "Amo los inicios" en **NORBERG-SCHULZ**, Christian y **DIGERUD**, J.G. (1981) Obra citada. pp. 113-118

---

\_\_\_\_\_. (1967) "El espacio y las inspiraciones" en **NORBERG-SCHULZ**, Christian y **DIGERUD**, J.G. (1981) Obra citada. pp. 95-98

---

**MALDONADO G.**, Concepción (ed.) Clave. Diccionario de uso del español actual. Madrid: SM, 3ª, 1999

---

**NORBERG-SCHULZ**, Christian y **DIGERUD**, J.G. (sin fecha de la edición en el idioma original) Louis I. Kahn, idea e imagen. Traducción de Ángel Sánchez Girón. Madrid: XARAIT, 1981

---

**PÉREZ OYARZUN**, Fernando, **ARAVENA**, Alejandro y **QUINTANILLA CHALA**, José (2002) Los hechos de la arquitectura. Santiago de Chile: ARQ Y FAU-UCV, 2ª. pp. 13-59, ; 128-137.

---

**REAL ACADEMIA ESPAÑOLA**. Diccionario de la lengua española. Madrid: ESPASA CALPE, 21ª, 1992, 2 vols.

---

**RODRÍGUEZ**, José M. y otros (1968) Arquitectura como semiótica. Traducción: Jorge Giacobbe. Buenos Aires: GNEVA VISIÓN, 1971. pp. 7-11,13-19.

---

**SATO**, Alberto (1999) La materia de la materia. Seminario en la Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Arquitectura y Artes. Copia del manuscrito, provista por el autor.

---

**TATARKIEWICZ**, Wladyslaw (1976). Historia de seis ideas. Arte, belleza, creatividad, mimesis, experiencia estética. Traducción: Francisco Rodríguez Martín. Madrid: TECNOS, 6ª, 1997

---

## Tabla de contenido

¿Qué decimos cuando digo soy <i>arquitecto</i> ?: una repetición necesaria.....	1
¿Qué produce el arquitecto?.....	2
¿En qué consiste un <i>artefacto arquitectónico</i> ?.....	3
Acerca del orden.....	4
Acerca de la materia.....	5
Acerca del espacio.....	7
Acerca del habitar.....	11
«Construir es propiamente habitar».....	12
«El habitar es la manera como los mortales son en la tierra».....	13
«...Poéticamente habita el hombre...».....	14